

ADOLF EICHMANN

BETTINA STANGNETH

ADOLF EICHMANN

Historia de un asesino de masas

Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Eichmann vor Jerusalem* by Bettina Stangneth

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Primera edición: mayo de 2020

© 2011 by Arche Literatur

Verlag AG, Zürich – Hamburg – www.arche-verlag.com

Este libro fue negociado a través de Ute Körner Literary Agency, S.L.,
Barcelona – www.uklitag.com

© de la traducción: Silvia Villegas, 2014

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Diputación, 262, 2ª1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.ess

Av. Córdoba, 744, 2º piso, unidad C

C1054A ATT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright,
bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra
por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-2755-7

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 7330-2021

Impreso en España

Índice

Introducción	9
«Mi nombre se convirtió en un símbolo»	21
1. Camino hacia la vida pública	25
2. El nombre en la posguerra	82
3. Anonimato indeseado	98
Interludio	127
Pistas falsas en Oriente Próximo	129
Eichmann en Argentina	139
1. Vivir en la «Tierra Prometida»	141
2. El frente interno	167
3. Favores de amigo	191
Las entrevistas Sassen	233
1. Eichmann escritor	243
2. Diálogos con Eichmann	291

Seguridad engañosa.	377
Cambio de roles	435
Eichmann en Jerusalén	437
Epílogo	443
<i>Excursus</i> : Los expedientes del Servicio Federal de Inteligencia o la cuarta carrera de Eichmann.	491
Notas	505
 Apéndice	
Abreviaturas	625
Fuentes y literatura.	627
Archivos	627
Textos de Adolf Eichmann.	631
Bibliografía	639
Índice onomástico	657
Agradecimientos.	667

Introducción

«En verdad, no tengo las cosas nada claras».

Hannah Arendt¹

No es posible hablar del exterminio sistemático de millones de hombres, mujeres y niños sin nombrarlo. Sin embargo, no se sabe con certeza su nombre de pila. ¿Se llamaba Karl Adolf? ¿O era Otto? Son las preguntas más sencillas las que nos sorprenden cuando creemos saber desde hace mucho tiempo quién es una determinada persona. ¿Acaso quedan todavía grandes lagunas en lo que se sabe sobre un hombre que desde hace años figura entre los temas de primer orden tanto en la investigación como en los medios? Lo escrito sobre Adolf Eichmann supera ampliamente el volumen de literatura sobre nombres como los de Heinrich Himmler o Reinhard Heydrich. ¿Para qué otro libro más? Es una pregunta muy sencilla: ¿Quién —me pregunto— conocía a Adolf Eichmann antes de la famosa acción del Mossad que lo secuestró en Argentina y lo llevó ante la justicia en Israel?

La respuesta de Eichmann en Israel resulta lógica: «Hasta 1946 fui prácticamente un desconocido, hasta que el mencionado Dr. Hoettl [...] me tildara de asesino de cinco o seis millones de judíos». ² A nadie le sorprenderá que un acusado se exprese en estos términos; mucho menos este. Finalmente, Eichmann alcanzó la fama con la frase que afirmaba que solo había sido «una pequeña rueda en el engranaje de la maquinaria de exterminio de Adolf Hitler». Lo sorprendente es que la literatura de investigación sobre Eichmann siga repitiéndola hasta hoy sin cuestionarla. A pesar de las grandes controversias sobre el asesino de masas, todos están

de acuerdo en que, antes del proceso de Jerusalén, el nombre «Eichmann» no era conocido fuera de un círculo reducido de personas.³

La sospecha de que había algo incorrecto, tanto en la historia de Eichmann como en la investigación correspondiente, surgió a partir de la lectura de diarios de la época. El 23 de mayo de 1960, David Ben Gurion, primer ministro israelí, sorprendió al mundo con la noticia de que Adolf Eichmann había sido apresado y anunció que sería llevado a juicio. La reacción no fue una serie de interrogantes, sino extensos artículos colmados de detalles sobre un hombre de quien supuestamente se sabía muy poco. Luego, el examen de periódicos anteriores no dejó lugar a dudas. Mucho antes de que comenzara el proceso, el presunto desconocido había recibido más sobrenombres que la mayoría de los nazis: Calígula, zar de los judíos, administrador del genocidio, Gran Inquisidor, especialista en exterminio de judíos, artífice de la solución final, burócrata y asesino de masas. Todas estas etiquetas ya le habían sido aplicadas abiertamente a Eichmann entre 1939 y 1960: aparecían en diarios, folletos y libros, que ahora había que releer para averiguar qué se sabía, qué se pensaba sobre Eichmann. En estos años hay solo un grupo que afirma lo contrario con la misma unanimidad. Son los antiguos colegas y los nazis de posguerra, que quieren a toda costa restar importancia a lo que saben. Pero si tanto se sabía sobre Eichmann, hay otras preguntas que surgen de inmediato: ¿Por qué en algún momento se perdió esta información? ¿Cómo pudo desaparecer luego sin que nadie lo notara? La respuesta a estos interrogantes lleva directamente al centro del problema de ese crimen sin parangón contra la humanidad que recibe el nombre de Holocausto, Shoah o exterminio de los judíos.

Nos resulta fácil imaginar a los criminales como seres oscuros, que llevan a cabo sus actos en el mayor secreto porque temen al juicio de la opinión pública; con la misma facilidad imaginamos que la opinión pública es consecuente a la hora de proscribir a los criminales desenmascarados y hacerlos responder por sus actos. Los primeros intentos de reflexionar sobre la privación de derechos, expulsión y asesinato de los judíos europeos todavía estaban orientados en su totalidad a este cliché del personaje sombrío que comete sus excesos a espaldas de la comunidad. Sin embargo, la investigación ya ha desvirtuado hace mucho tiempo esta concepción de los responsables como un pequeño grupo de personajes extraños, con rasgos patológicos y antisociales, en el seno de un pueblo ho-

nesto que se habría situado colectivamente en la resistencia si hubiera sabido algo de lo que sucedía. Hoy sabemos mucho más sobre la función de la concepción nacionalsocialista del mundo, la dinámica de la conducta colectiva y las consecuencias de los sistemas totalitarios. Hemos comprendido que una atmósfera de violencia también puede ejercer su influencia sobre individuos que no tienen una inclinación excesiva hacia el sadismo y hemos explorado el efecto devastador que puede tener la división del trabajo sobre el sentimiento de responsabilidad de los seres humanos. Pero si preguntamos dónde y con qué grado de precisión debemos catalogar a un criminal como Adolf Eichmann, predomina, ahora como antes, un enorme disenso. Según quien opine, se le presenta como un ser totalmente normal, a quien el totalitarismo convirtió en un asesino sin conciencia; como un antisemita radical cuyo propósito era el exterminio de los judíos o como un enfermo mental, que encontró en el régimen el pretexto para ejercer su sadismo. Existen, por lo tanto, innumerables imágenes de Eichmann, irreconciliables entre sí, que en la polémica en torno al *Informe sobre la banalidad del mal* de Hannah Arendt se radicalizaron aún más. No obstante, hay una perspectiva que en su mayor parte permanece inexplorada: la esfera pública. Falta una mirada al «fenómeno Eichmann» antes de Jerusalén y, en consecuencia, a la imagen de Eichmann en las diferentes etapas de su vida.

Jean-Jacques Rousseau formuló la idea de que una usurpación y la consiguiente injusticia siempre involucran a dos partes: al que proclama el derecho y a todos los que han creído en su legitimidad.⁴ Quien se interese por el impacto público de Adolf Eichmann puede aprender mucho sobre los graves peligros que entraña esta peculiar interacción, en especial, cuando alguien la ha estudiado tan a fondo como el tristemente célebre «asesor de asuntos judíos».

Este libro, por lo tanto, no relata la historia de Eichmann como una cronología de sus crímenes ni como una historia de la evolución de sus actos, sino que reconstruye el impacto de la persona: ¿Cuándo se supo de Eichmann, cuándo se opinó sobre él, y cómo reaccionó él ante lo que se sabía y se pensaba sobre su persona? ¿En qué medida la apariencia de Eichmann era una imagen diseñada por él mismo y qué importancia tuvieron sus juegos de roles para su carrera criminal y para nuestra imagen de la historia?

La posibilidad de reconstruir hoy esta perspectiva se debe al excepcional corpus de fuentes disponibles: existen más documentos, testimonios personales, relatos de testigos de la época referidos a Eichmann que a todos los demás líderes nacionalsocialistas. Ni siquiera Hitler o Goebbels produjeron más material. Esto no se debe solamente al hecho de que Eichmann haya sobrevivido diecisiete años después de finalizada la guerra, como tampoco al impresionante trabajo de recopilación de las autoridades policiales israelíes durante el proceso, sino sobre todo a su pasión por hablar y escribir. Eichmann concibió una nueva versión de sí mismo en cada etapa de su vida, según el público y los fines que motivaban sus acciones. Ya fuera como subordinado, como superior, perpetrador, fugitivo, exiliado o acusado, Eichmann observaba —en todo momento y con total atención— el efecto que causaba, e intentaba sacar el mayor provecho posible de la constelación correspondiente. Es una manera de actuar metódica, como revela la comparación entre las diversas concepciones.

Sin embargo, solo el impacto de Eichmann en Jerusalén ha llegado a conocerse y describirse efectivamente. No debe subestimarse el propósito de tal estrategia: Eichmann quería seguir con vida y justificarse. Quien desee conocer la relación entre esta versión de Eichmann en Jerusalén diseñada por él mismo y el perpetrador y sus sangrientos logros, debe recurrir necesariamente al Eichmann previo a Jerusalén y atreverse también a ir más allá de las interpretaciones basadas con exclusividad en la imagen posterior.

Si nos guiamos por los relatos de Eichmann en Israel, su auténtica vida, la que siempre había añorado, no comenzó hasta 1945, cuando la ilusión de un reino del milenio ya estaba en ruinas. El «asesor de asuntos judíos» se habría convertido entonces en un inofensivo criador de conejos —lo que había sido siempre en el fondo de su alma—, ya que el mal residía solo en el régimen, especialmente en todos los demás integrantes, y su carrera bajo las órdenes de Hitler no habría sido más que un episodio único. Eichmann era consciente, sin embargo, de que muchos podrían tener otra visión de las cosas. Como medida preventiva, se deshizo del nombre Adolf Eichmann e hizo que todos, incluso su mujer, lo llamaran por su primer nombre, Otto, el que había recibido de su abuelo.⁵ Cuando los demás se rindieron, desapareció como «Adolf Karl Barth» en las huestes de los prisioneros de guerra; fue interrogado bajo el nombre de «Otto Eckmann» antes de lograr huir y,

como «Otto Heninger», se dedicó, junto con otros hombres que también habían adoptado nombres nuevos, a cortar madera en el Brezal de Luneburgo; luego fue criador de gallinas, y por las tardes deleitaba a la población, en particular a la femenina, ejecutando melodías al violín. La vida de Otto Heninger, que ya se asemeja a la del criador de conejos argentino, tenía solo dos desventajas decisivas: no tenía acceso a su familia y era buscado como «criminal de guerra».

En los cinco años que permanecí oculto como un «topo», se había hecho parte de mi naturaleza, cada vez que me enfrentaba a una cara nueva, plantearme determinadas preguntas, por ejemplo: ¿Conoces este rostro? ¿Te da la impresión de que esta persona te ha visto alguna vez? ¿Te parece que intenta recordar algún encuentro entre vosotros? Y, durante estos años, nunca me abandonó el temor de que pudiera haber alguien detrás de mí que de improviso gritara «¡Eichmann!».⁶

La esperanza de Eichmann de que, con el tiempo, el césped crecería sobre los asesinatos de masas del nacionalsocialismo, como crece sobre todas las tumbas, no llegó a hacerse realidad. Por último, no encontró otra salida más que la fuga, y en 1950 desapareció también Otto Heninger. En su lugar, Ricardo Klement partió desde el puerto de Génova; en Argentina obtuvo una nueva identidad con documentos nuevos auténticos y dio comienzo a la vida que siempre había querido: consiguió trabajo en un proyecto hidroeléctrico y, como guía de un grupo de agrimensores, recorrió toda la provincia de Tucumán, en la región subtropical del norte de Argentina, que con sus montañas y sus valles le recordaba el paisaje de los Alpes. Tenía mucho tiempo para hacer extensos paseos a caballo, explorar las montañas, recorrer las amplias extensiones de la pampa e incluso intentar dos veces el ascenso al Aconcagua, el pico más elevado de América. Dos años después, su mujer y sus tres hijos lo siguieron a Argentina; a partir de entonces llevaba a sus hijos consigo en sus excursiones, les enseñó a montar a caballo y a pescar, y les transmitió su amor por la naturaleza. La quiebra de la empresa que estaba a cargo del proyecto enturbió por un tiempo la atmósfera de una vida familiar dichosa, porque Ricardo Klement se vio obligado a buscar trabajo nuevamente y no siempre con éxito. Pero a partir de 1955 su felicidad debería haber sido per-

fecta: no solo obtuvo el cargo de administrador de un criadero de conejos; su mujer, que ya era mayor de cuarenta años, dio a luz a un cuarto hijo. El pequeño «Hasi» era el orgullo de su padre. A nadie podría sorprender que Eichmann tuviera planes de construir una casa propia para su espléndida mujer, sus cuatro hijos, Fifi —la perra salchicha—, Rex —la pastora alemana—, el reloj de cuco y las pinturas de los Alpes.⁷ Y si no hubiera sido secuestrado por el Mossad, seguiría llevando hasta hoy la vida inofensiva de Ricardo Klement...

Esta historia conmovedora tenía una sola desventaja decisiva: si bien el nombre que figuraba en su pasaporte era el de Richard Klement, el nazi reformado amante de la naturaleza —ahora totalmente apolítico— nunca llegó a Argentina. Eichmann no era hombre para una vida idílica. Para él, la guerra —su guerra— nunca había terminado. El teniente coronel de las escuadras de protección (SS) podría estar retirado, no así el nacional-socialista fanático. Si bien ya no podía contar con el Estado totalitario en el que se podía asesinar a millones de seres humanos sin siquiera levantar la mano contra un individuo en particular, no era en absoluto un ser indefenso. Al atardecer, cuando, terminadas las tareas y a cincuenta kilómetros de su familia, este cincuentón se sentaba en la galería del criadero de conejos con un vaso de vino tinto en la mano, ni siquiera el sonido del violín podía persuadirlo de que su vida era tan idílica como parecía. Se encontraba a treinta y cinco grados de latitud y allí no hay crepúsculo ni un largo atardecer, porque oscurece repentinamente y la noche es más oscura y poderosa que la del norte de Europa. En las horas de la noche comenzó a leer y a escribir. Pero no debemos imaginar esta tarea como algo apacible. No se trataba de un hombre mayor que disfrutaba feliz de la lectura; el pacífico criador de conejos se convertía en un ser que arrojaba los libros contra las paredes y podía llegar a desgarrarlos, que escribía interminables improperios e insultos cargados de agresividad en los márgenes de todos los libros y, como un poseído, llenaba montañas de papel con observaciones y comentarios. Escribía con tal violencia que los lápices se rompían; su voluntad de lucha no se había quebrantado. El combatiente que bregaba por una concepción del mundo no se había rendido y, de hecho, no estaba solo.

Mucho de lo que hoy sabemos sobre este período es producto de una circunstancia afortunada. En los dos últimos años han surgido, en

múltiples archivos, documentos que hasta entonces no estaban a disposición de la investigación. Así pudieron reconstruirse por primera vez los *Argentinien-Papiere* [Apuntes de Argentina], es decir, los escritos del propio Eichmann en el exilio, así como las actas y grabaciones de las conversaciones que hasta el momento se conocían con el nombre —no muy adecuado— de *Entrevistas Sassen*. Son más de mil trescientas páginas que revelan la vida y el pensamiento de Eichmann antes de su detención. El primer intento de alcanzar una idea general y una interpretación debería ser también una invitación a ocuparse de esta fundamental fuente de información que ofreciera la posguerra sobre los crímenes contra la humanidad del nacionalsocialismo. No tardaron en hacerse visibles relaciones que no habían podido apreciarse antes. Pero hubo una realidad que se puso de manifiesto con claridad meridiana: Eichmann nunca quiso, ni siquiera como fugitivo, la oscuridad y el quehacer oculto. Quería ser visto también en Argentina como el símbolo de una nueva era y así causar el mismo impacto que ya había causado alguna vez.

Quien busca la luz será visto. No hay duda de que las personas que tuvieron contacto con Eichmann después de 1945 eran mucho más numerosas de lo que se suponía. Quien siga a Eichmann en su camino a la clandestinidad y al exilio no solo encontrará investigadores y escuadrones de la muerte, sino fundamentalmente colaboradores, simpatizantes y también admiradores y amigos, que pudieron ocultarse durante mucho tiempo tras la mentira de que no habían conocido a Eichmann o de que solo habían tenido con él un contacto fugaz. Tal como Willem Sassem —propagandista bélico y voluntario holandés de las SS-Waffen [SS Armadas], el ala combatiente de las SS— pudo afirmar durante décadas que solo había sido el escritor fantasma de Eichmann. La mayoría negó haber tenido contacto con el criminal buscado. Hoy ya es imposible mantener esa afirmación. Los *Argentinien-Papiere* dejan incluso en claro quiénes querían establecer contacto con Eichmann para discutir con él sobre los tiempos pasados y en especial sobre planes políticos para el futuro. Eichmann no era un paria en Argentina, con una existencia fracasada, tanto como Willem Sassem no era un periodista curioso ni Ludolf von Albensleben, suboficial mayor de Himmler, un nacionalsocialista reformado. Porque, a pesar de todos los intentos por ignorarlos, había nazis en Argentina que habían huido de la justicia de los aliados y se reorganizaron, porque que-

rían algo más que comenzar una nueva vida tranquila. A la distancia y en la libertad del exilio, los hombres que rodeaban a Eichmann comentaban los acontecimientos en Alemania y en el mundo. Elaboraron ambiciosos planes subversivos, construyeron con esmero una red de simpatizantes, se dedicaron incluso a falsificar documentos con el fin de defender su visión del glorioso nacionalsocialismo de los ataques de la realidad, y Adolf Eichmann es una figura central entre ellos. Seguro de sí mismo, comprometido y consultado como especialista acreditado por millones de asesinatos, como cuando era asesor de la Reichssicherheitshauptamt [Oficina Central de Seguridad del Reich].

«Eichmann en Argentina» no es, por lo tanto, una pieza unipersonal, sino la crónica de la sorprendente segunda carrera de un teniente coronel retirado de las SS: su carrera como especialista en historia y, una vez más, experto en la «cuestión judía». A pesar de sus esfuerzos posteriores por persuadir a todos de que el fin de la guerra había tenido el efecto de transformarlo y reformarlo, el análisis de su pensamiento y su vida social en Argentina pone en evidencia una realidad muy diferente. Eichmann nunca quiso ser el inofensivo y pacífico Ricardo Klement, excepto cuando ocupó su celda en la prisión de Israel. En Argentina, firmaba orgullosamente las dedicatorias de las fotos para sus camaradas como «Adolf Eichmann, teniente coronel retirado de las SS».

No obstante, el Eichmann posterior a 1945 es mucho más que una cuestión argentina. En la República Federal de Alemania, el nombre también permanece en la memoria. Aun si no se quisiera saber nada, hay una multitud de declaraciones de testigos, suficientes artículos periodísticos y publicaciones sobre Eichmann que demuestran en qué medida los alemanes se interesaron por el nombre y por lo que este nombre significaba ya antes de 1960. Pero quien emprenda la búsqueda del «fenómeno Eichmann» también dispone de una fuente indirecta, cuya importancia debe tenerse en cuenta: los testimonios de sus víctimas y de sus perseguidores, pero sobre todo los de sus colegas y confidentes. Estos no podían olvidarlo, porque debían temer que él todavía se acordase de ellos tanto como ellos se acordaban de él. Quien hubiera conocido a este hombre o tan solo supiera quién era no quería ser atrapado a causa de los recuerdos de Eichmann. Los documentos del Servicio Secreto de los Estados Unidos, las listas de fugitivos más buscados y las escasas actas dadas a conocer por

la fiscalía, la Oficina Federal de Protección de la Constitución y el Servicio Exterior de Alemania permiten hacer un primer esbozo de la importancia de Adolf Eichmann para la posguerra inmediata, especialmente en la joven República Federal de Alemania y también en Austria. Eichmann —o bien la imagen que se tenía de él— se fue convirtiendo cada vez más en un factor político. El testigo principal de los crímenes de lesa humanidad amenazaba, con su mera supervivencia, el esfuerzo por superar el pasado desterrándolo de la memoria. La realidad de que Eichmann, ni siquiera en Argentina, quisiera llevar una vida reservada ni mantener un perfil bajo y llegara a escribir una carta abierta al canciller Konrad Adenauer lo transformó por último en un factor de riesgo. ¿Era posible desear que este hombre, que tanto sabía, hablase, en especial, en la República Federal?

Todo esto hace de la búsqueda de Eichmann una historia mucho más complicada de lo que permiten suponer los relatos tan bien elaborados de amor, traición y muerte. No solo estaban las víctimas y los cazadores de nazis, que querían encontrar a toda costa al asesino de millones, o uno u otro gobierno, que participaba con mayor o menor habilidad en el proceso. También había muchos que querían evitar a toda costa que al traer al hombre del exilio también volviera con él el pasado. Hacía falta mucho más que un hombre ciego, muy alerta, que reconociera en el novio de su hija al hijo de un criminal de lesa humanidad para superar el deseo incontrolable de callar. La historia de Eichmann antes de Jerusalén es también la historia de una sucesión de oportunidades perdidas de atreverse a un comienzo verdaderamente nuevo, llevando a cabo al juicio en Alemania. Debemos ocuparnos de esta historia si queremos comprender con precisión en qué medida han perdurado más allá del fin de la guerra ciertas estructuras que era deseable y necesario superar con un nuevo Estado sin contar para ello con personajes nuevos. Resulta escandaloso que en agencias gubernamentales alemanas haya todavía hoy documentos sobre Eichmann inaccesibles para el público en general porque su contenido se considera peligroso para el bienestar del Estado. Aceptar a Adolf Eichmann, el teniente coronel retirado de las SS, como un capítulo de la República Federal de Alemania es un paso aún pendiente.

Desde la aparición en 1963 de *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, todo trabajo sobre Eichmann es también un diálogo

con Hannah Arendt.⁸ Esta mujer judía procedente de Königsberg, que había estudiado Filosofía con Martin Heidegger y Karl Jaspers hasta que el nacionalsocialismo la expulsó de Alemania, viajó a Jerusalén en 1961 para el proceso de Eichmann, porque quería lo que desea todo filósofo: comprender. Nadie comprende de manera inmediata, sino que aporta su pensamiento tanto como su experiencia, es decir, su imagen del mundo de ayer. Hannah Arendt había leído por primera vez sobre Eichmann en los diarios en 1943, y dieciocho años más tarde se encontraba en la cima de su actividad de investigadora. Hannah Arendt describió en detalle lo que esperaba encontrar: el diabólico asesino de masas, de inteligencia superior, fascinante por su crueldad, como aparece en la gran literatura. «Era uno de los más inteligentes de toda la banda», escribió en 1960. Quien se atreviera a comprenderlo estaría un decisivo paso más adelante en la comprensión de los crímenes del nacionalsocialismo. «La tentación es muy fuerte».⁹

No fue Arendt, filósofa dotada de una gran capacidad de observación, la única que se sintió irritada cuando se encontró, de hecho, frente a Eichmann. Quien lea los primeros reportajes encontrará en casi todos los observadores del proceso, cualquiera que fuese su origen, la misma impresión: Eichmann en Jerusalén era un personaje mezquino, carente del carisma que caracteriza nuestra enigmática visión de Satán. El teniente coronel de las SS, que había sembrado terror y espanto y era responsable de la muerte de millones, ahora embotaba la atención de los asistentes con sus oraciones interminables y sus peroratas sobre la obediencia debida y el juramento de lealtad a la bandera. ¿Ya debería haber despertado sospechas en 1961 un proceder tan efectivo? Las voces que dudaban lo hacían en tono muy bajo y no gozaban de popularidad. Pero, sobre todo, contaban con acceso a información que los observadores del proceso no tenían: conocían, al menos en parte, los *Argentinien-Papiere*.

En 1960, la investigación sobre el Holocausto se encontraba en sus inicios, la documentación era escasa y el deseo de enterarse de algo nuevo a través del acusado era mayor que la cautela. Hannah Arendt eligió el método de interpretación que había aprendido: la lectura repetida que permite acceder plenamente al que escribe y habla, con la presunción de que solo escribe y habla quien quiere ser comprendido. Nadie leyó las actas de los interrogatorios y el juicio con tanto detalle. Pero fue así que

cayó en una trampa, porque Eichmann en Jerusalén no fue más que una máscara. Y si bien no logró darse cuenta, era sumamente consciente de que aún no había comprendido el fenómeno como hubiera querido.

No hay libro alguno sobre Eichmann, quizá ninguno sobre el nacionalsocialismo, que haya provocado tanto debate como *Eichmann en Jerusalén*; logra así precisamente lo que los filósofos desde los tiempos de Sócrates han deseado más que ninguna otra cosa: la controversia en aras de la comprensión. Sin embargo, desde fines de los años setenta, la referencia a Hannah Arendt ha cobrado la función de un debate de distracción. Es imposible sustraerse a la impresión de que hace mucho tiempo que el tema dejó de ser «Eichmann», de que preferimos hablar sobre el tono del debate y las teorías del mal a tener toda la información posible más fehacientemente que una pensadora en el año 1961. Algo decisivo ha cambiado: tenemos acceso a fuentes totalmente diferentes; en teoría, al menos.

Desde 1979, es posible acceder a gran parte de las llamadas *Entrevistas Sassen* y obtener así una visión de lo que no pudieron ver Hannah Arendt ni todos los demás observadores del juicio: *Eichmann antes de Jerusalén*, charlando en la acogedora sala de estar de un amigo, rodeado de antiguos camaradas, residentes en Argentina como él.

Sin embargo, resulta sorprendente que pocos se hayan dedicado al análisis de este caudal de información: se ha consultado de manera superficial e incidental, con una notable falta de curiosidad, aun cuando a partir de 1998 aparecieron también algunas de las grabaciones originales que demuestran lo que una lectura cuidadosa habría revelado: que lo sucedido en Argentina fue más que la reunión, con una botella de whisky de por medio, entre un periodista en busca de una nota y un nazi despojado de su rango, para deleitarse en sus recuerdos comunes. Quien quisiera argumentar algo en contra de Hannah Arendt, en lugar de lamentarse por el éxito de su libro, habría podido encontrar aquí hace mucho tiempo los elementos necesarios. En cambio, repetimos la historia de Eichmann en Israel, nos referimos a las fechas que aporta, citamos una edición insostenible de una editorial adepta y dejamos en los archivos, bajo rótulos falsos, fuentes totalmente desconocidas sobre Eichmann que podrían poner a prueba incluso la legendaria resistencia a las sorpresas que caracteriza a los historiadores. Hay, por lo menos, una cosa que deberíamos aprender de Hannah Arendt: ante lo desconocido, volver a caer en la tentación.

Mi libro es, en primer lugar, un intento de presentar todo el material disponible y lo que dicho material presupone. Tan solo la historia de los *Argentinien-Papiere*, hoy repartidos entre varios archivos como un monstruoso rompecabezas de lo inescrutable, ofrece visiones insospechadas del «fenómeno Eichmann» que justifican toda controversia. Con el fin de facilitar el avance y la formulación de preguntas ulteriores, este libro incluye también el camino de acceso a las fuentes, que se presentan aquí en detalle por primera vez.

Eichmann antes de Jerusalén es también un diálogo con Hannah Arendt, y no solo porque mi interés en el tema comenzara hace muchos años con *Eichmann en Jerusalén*. Nuestra comprensión de la historia depende en tal medida del momento y las circunstancias en que se desarrolló, que es imposible descartar una perspectiva como la de Arendt. Es su coraje para emitir una opinión clara, aun corriendo el riesgo de que la intensa tarea realizada no fuera suficiente para llegar a un conocimiento pleno. En el caso del trabajo sobre Adolf Eichmann hay un aspecto más que debe considerarse. Una de las conclusiones más significativas que pueden extraerse de la investigación sobre Eichmann es que un ser humano no debe poseer necesariamente una inteligencia superior para inducir incluso a individuos de inteligencia extraordinaria a usar sus propias armas en contra de sí mismos, como son los deseos de ver cumplidas sus expectativas. Solo podremos reconocer este mecanismo si contamos con pensadores que se atrevan a manejar las expectativas y sus opiniones de modo tal que incluso el fracaso se vuelva transparente.

A quien escriba un libro como este solo le resta prevenir al lector, ya desde el comienzo, con las palabras que Hannah Arendt dijo a una amiga cercana antes de volar a Jerusalén para el proceso de Eichmann: «Podría ser interesante, si no se tiene en cuenta que es tan espantoso».¹⁰

«Mi nombre se convirtió
en un símbolo»

«Me conocían en todas partes...».

Eichmann a Sassen, 1957

Aún no sabemos cuándo tomó Eichmann la decisión de vivir en América del Sur, pero él mismo explicó por qué emigró a Argentina: «Sabía que en esta “Tierra Prometida” de América del Sur tenía amigos que esperaban poder ayudarme. Amigos a los que podía decirles orgullosa, abierta y libremente que soy Adolf Eichmann, ex teniente coronel de las SS».¹

¿Decir orgullosa, abierta y libremente que era Adolf Eichmann? ¡Vaya expectativa! Parece sencillamente grotesco —no solo en retrospectiva— que Eichmann creyera que era una posibilidad real. El nombre Eichmann es la encarnación del exterminio de los judíos por el nacionalsocialismo, y el portador de dicho nombre era muy consciente de ello. Nadie se esfuerza tanto por vivir con nombres falsos en el extranjero a menos que sea necesario. Cuando Eichmann organizó su huida, tenía un muy buen motivo: era demasiado conocido como para poder permanecer oculto mucho tiempo.

Demasiadas eran las personas que lo conocían y sabían de su participación en la privación de derechos, la expulsión y el asesinato masivo. Si hoy ya no lo vemos tan claramente, es por el éxito sorprendente de la imagen que Eichmann pintó de sí mismo en Jerusalén. Tras su secuestro en 1960, hizo todo lo posible por presentarse en Israel como un asesor de segundo orden, una «pequeña rueda en el engranaje» del siniestro «Tercer Reich», como un ser anónimo que, solo por un error, casualidades sin sentido y la cobardía de otros, se había «convertido en chivo emisario», a

pesar de ser solo un oficial menor desconocido, carente de toda influencia. Pero el mismo Eichmann sabía a la perfección que esta imagen era falsa. Su nombre no había sido conocido solo para un círculo muy limitado de personas ni se había vuelto un término familiar a causa del juicio. Por el contrario, su fama estaba asociada de manera esencial a la cantidad de crímenes por los que hoy Eichmann es tristemente célebre.

Eichmann mismo era testigo de cómo su nombre había pasado a ser símbolo del exterminio de judíos y sabía también que tanto sus superiores como él habían impulsado este proceso repetida y deliberadamente. No quería ser, en modo alguno, «el hombre tras las sombras» que presumía ser en ciertas ocasiones. Solo ante la justicia en Jerusalén intentó aparecer como un funcionario menor, subalterno e intercambiable, sin nombre y sin rostro. Pero, ¿quién no querría hacerse invisible ante la amenaza de la pena de muerte? Sin embargo, para muchos, Eichmann, el hombre tras las sombras, era una imagen plausible, y algunos llegaron a atribuirle su criminal eficiencia a su aparente invisibilidad,² aunque hay numerosos indicios de que a partir de 1938 Eichmann no era un desconocido ni le interesaba ocupar un lugar en las sombras. Cuando comenzamos a seguir estos indicios, aparece la clara imagen del hombre que urdió la trama criminal.

Capítulo 1

Camino hacia la vida pública

«Era querido y apreciado en todas partes».

Rudolf Höss sobre Eichmann

Eichmann se integró en el NSDAP (Partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores) y en las SS (Escuadras de Protección) en 1932, precisamente en Linz, la ciudad donde vivió de niño cuando dejó Alemania. Su padre logró hacer allí una carrera de clase media alta. En cambio, la carrera del hijo siguió un rumbo diferente: no buscó ocupar un cargo de importancia en el consejo parroquial ni en la empresa paterna. En 1933, cuando el movimiento nacionalsocialista fue prohibido en Austria, aprovechó la oportunidad para seguir a un alto funcionario local del Partido de regreso a Alemania, centro de la nueva fuerza política. Ya fuese una decisión deliberada, el producto de un consejo acertado o de un sentido certero del devenir del poder, Eichmann recaló en 1934 en el Sicherheitsdienst [Servicio de Seguridad] de las SS o SD, aún pequeño pero ya entonces mal conceptualizado. Se sabía que el grupo que ostentaba esta sigla había estado directamente implicado en el caso Röhm, y cada uno de los intentos posteriores de Eichmann de explicar su traslado allí como un «error» o una «confusión» resultan absurdos, ya que en ese caso Eichmann sería el único en su entorno que ignoraba el halo que rodeaba al SD, con sus misteriosos integrantes y su carismático líder Reinhard Heydrich.³ Quien entrara en el SD a mediados de 1934 no podía contar con un sueldo alto, aunque sí con una mezcla de reconocimiento y recelo por parte de los miembros del Partido y, en particular, con un lugar de trabajo impactante: el palacio estatal de la Wilhelmstrasse 102 en Berlín, capital del

Reich y centro del poder. Un hombre de escasos treinta años, que dos años atrás todavía era vendedor —si bien exitoso— de la Vacuum Oil Company en Alta Austria, no podía ignorar la importancia de este salto en su carrera. La sensación de Eichmann de que con este paso ya estaba bien establecido se refleja también en la decisión, que por cierto servía para promover su carrera dentro de las SS, de casarse y formar una familia. Eliigió como pareja a Vera Liebl, procedente de Mladé y cuatro años menor que él. Tanto ella como sus dos hermanos, que trabajaban para la Gestapo, se beneficiarían con el posterior ascenso de Eichmann en la escala social.

Los hombres del SD tuvieron desde un principio una posición privilegiada. Conformaban el servicio de información interna del NSDAP; por lo tanto, no regían para ellos determinadas leyes y reglamentos. Los ejercicios militares ya eran cosa del pasado; el uniforme de las SS estaba casi siempre guardado en el ropero. Mientras que los miembros ordinarios del Partido tenían prohibido todo contacto con los judíos desde abril de 1935, la función de inteligencia interna permitía una interpretación tolerante de la ley, porque sus ejecutores consideraban que estaban siempre de servicio. Entre las tareas de particular atractivo que Eichmann se complacía en recordar décadas después, estaban los trabajos de investigación de incógnito: asiste a actos de la comunidad judía; entabla relaciones en las que se presenta como un ser ávido de conocimientos, de mentalidad abierta;⁴ busca un profesor de hebreo judío (aunque su superior se lo prohíbe luego dos veces); ahonda, como todos sus colegas, en la literatura judía; estudia seiscientas páginas de textos herméticos y lee los diarios; cultiva relaciones internacionales y acepta la invitación de un judío para visitar Palestina. Eichmann hablará luego de «estudios que duraron por lo menos tres años».⁵ No menciona que su superior debía amonestarlo a veces por su desorden e impuntualidad.⁶ Se podría caer en la tentación de confundir este estilo de vida con el de un esteta de inclinaciones científicas, con ideas políticas algo primitivas, si entre las charlas de café, la redacción de textos, las conferencias y las veladas de lectura especializada con los colegas no aparecieran en las actas meticulosos trabajos de fichado, propaganda antisemita, detenciones e interrogatorios compartidos con la Gestapo. El SD era ambas cosas: élite ideológica e instrumento de poder; esto era precisamente lo que lo hacía tan atractivo para una generación que se autodeclaraba nueva y diferente.

La primera imagen pública que proyectó Eichmann a partir de mediados de 1937 (en este caso, entre los judíos) es la de un hombre joven, que parece «inteligente y rápido», pero se molesta cuando se le llama por el nombre en lugar del título. «Incluso le gustaba quedar en el anonimato», relata Ernst Marcus sobre los años 1936-1937, «y la mención de su nombre después del título oficial “Señor comisionado” le parecía un agravio». ⁷ Es evidente que Eichmann no podía escapar al cliché del poder sin rostro —con sus largos sacos de cuero— que caracterizó los primeros tiempos del SD y la Gestapo, aunque a las víctimas les resultara difícil diferenciar entre ambos. Sin embargo, Eichmann no permaneció mucho tiempo en este anonimato tan apreciado. Cuando viajó a Oriente Próximo con su colega Herbert Hagen, el servicio de inteligencia británico le estaba siguiendo los pasos y, de hecho, le impidió entrar en Palestina. La foto de Eichmann está contenida en el documento correspondiente. ⁸ Hacia fines de 1937, ya se conocía también en Berlín el nombre de este «comisionado del Servicio de Seguridad», de quien se dice que posee «información increíblemente precisa» sobre temas que los nazis no investigaban demasiado: el sionismo, los problemas de las transferencias de dinero en las emigraciones forzosas, los debates internos del judaísmo, y los grupos de interés, personas y asociaciones más diversos.

Es difícil reconstruir el momento exacto en que Eichmann pasó de observador silencioso y discreto a conspicuo miembro de la raza superior. En junio de 1937, adquirió esa reputación en Berlín cuando estuvo a punto de provocar la disolución de la fiesta de despedida del rabino Joachim Prinz con sus aires de importancia y su insistencia en ocupar el primer plano. Casi ninguno de los dos mil invitados pudo ignorar al hombre de las SS. ⁹ Se sabía, entonces, de quién se estaba hablando: «un tipo desagradable y antipático; después de darle la mano, uno quería ir a lavársela». Ante sus superiores, por razones de seguridad, Eichmann respondía con la rectificación: «Nunca les doy la mano a estos judíos». ¹⁰ Está claro que los tiempos de obtener información discretamente ya habían pasado.

Esta transformación estuvo seguida de una nueva concepción del Servicio de Seguridad: ya no se buscaba pasar inadvertido; por el contrario, el SD reclamaba supremacía en la política referida a los judíos, tema cargado de prestigio, muy caro a Hitler, que había cobrado nuevas posibilidades a partir de las leyes de Núremberg sobre la raza. ¹¹ Eich-

mann tuvo una participación significativa en el logro de este objetivo en el breve lapso de un año. En el SD se esperaba con impaciencia esta nueva era en la que finalmente habría una toma de posición y se pudiera mostrar al «enemigo» que soplaban otros vientos o, para formularlo con Eichmann y una de sus metáforas tan poco logradas: «Por fin se dan cuenta de que aquí está comenzando a caer una bomba». ¹² A comienzos de 1938 Eichmann ya era una figura conocida en la comunidad judía de Berlín, a la que no le molestaba en absoluto que «los enemigos» lo identificaran.

Perfil de una unidad de élite

Con el nuevo perfil del SD, Eichmann pasó a ser más conocido en sus propios círculos. Si bien en un principio se trataba de miembros de rango más bien inferior, que se relacionaban con Eichmann cuando pronunciaba conferencias en jornadas de capacitación, los contactos se ampliaron con rapidez. Por una parte, hubo tareas en colaboración —no siempre carentes de asperezas— con otras reparticiones como el Servicio Exterior, la Gestapo o el Ministerio de Economía: la emigración forzosa de los judíos involucraba a otras autoridades. Por otra parte, estaban las hábiles medidas propagandísticas empleadas por Heydrich para popularizar su SD y la Sección de Asuntos Judíos II 112. La Sección II 112 investigó, en enero de 1937 solamente, a más de trescientas personas, entre las que se contaban no solo oficiales de la Academia de Guerra y del Ministerio de Guerra, sino también el futuro ministro de Relaciones Exteriores Joachim von Ribbentrop y el jefe de la policía secreta de Yugoslavia. ¹³ En el plan de la sección figuran asimismo conferencias ante las organizaciones juveniles del Partido y viajes oficiales a Alta Silesia ¹⁴ y a la convención del Partido. Allí se presentó Eichmann como invitado de Julius Streicher, uno de cuyos colaboradores se había ocupado de establecer un contacto con Eichmann. ¹⁵ A pesar de que la prohibición británica de entrar en el territorio convirtió el proyecto en un fiasco, en 1937 Eichmann pasó a ser, con su viaje a Palestina, un «especialista reconocido» en «cuestiones judías».

Es evidente que desde muy temprano poseía el talento de adornar su reputación incluso con los proyectos fracasados. Ya en Israel, Eichmann

todavía insiste en afirmar que conoce el país; por último, lo habría visitado personalmente. Su «conocimiento especializado» impresionaba a los nacionalsocialistas, y Eichmann hacía gala de su orgullo: «Fui un libro de texto en los años 1934, 1935 y 1936 [...] Luego, cuando viajé a Palestina, ya me había convertido en asistente. Y a mi regreso obtuve el grado de maestro». ¹⁶ Si bien no todos los que conocieron a Eichmann en sus primeros años en Berlín, entre 1934 y 1938, recordarán su nombre y su rostro, muchos sabían qué era la Sección Judía del Servicio de Seguridad y cuáles eran sus funciones. Sus integrantes ya podían presentarse en público como correspondía a los miembros de esta sección. Considerando el talento de Eichmann para cultivar su propia imagen, es probable que haya aprovechado con creces esta oportunidad.

El pequeño primer ministro

En marzo de 1938 se produjo la llamada anexión de Austria y Eichmann fue trasladado a Berlín como director de la Unidad Especial de la Sección II 112. Con este paso se introdujo finalmente en la vida pública. Desde un principio dejó muy en claro cómo concebía su imagen en la historia. Ante todos los representantes notables del judaísmo de Viena citados para una asamblea, Eichmann se presentó con el uniforme negro de las SS y una fusta, haciendo gala de su conocimiento de las organizaciones judías y de la historia del judaísmo y el sionismo. Adolf Böhm, que había concluido en esos días el segundo tomo de su *Geschichte der zionistische Bewegung* [Historia del movimiento sionista], tuvo que escuchar cómo Eichmann se identificaba como uno de sus lectores más ávidos y afirmaba saber de memoria página tras página del primer tomo. Pero, sobre todo, el escritor de sesenta y cinco años tuvo que reconocer que las SS usarían los conocimientos que había recopilado con tanto esfuerzo como llave para introducirse en el mundo de las organizaciones judías y, por lo tanto, como un arma contra los judíos. Eichmann le hizo saber, además, lo que esperaba del tercer tomo: un extenso capítulo sobre su persona. Adolf Eichmann, ¿pionero del sionismo? Es más que comprensible que Adolf Böhm no haya podido soportar esta idea y dejara de escribir para siempre, incluso si no conociera los acontecimientos posteriores. ¹⁷